

los que viven contentos en la virtud, aquellos nos harán cautos, y la vida de los virtuosos nos servirá de una perpetua censura, que nos advertirá lo que debemos y aun lo que podríamos hacer. Finalmente, para asegurarnos en el propósito, será de mucha utilidad la lectura de los buenos libros, principalmente de los parenéticos; porque la ética parenética mueve mas á la voluntad, que instruye al entendimiento, y residiendo el propósito en la voluntad, no puede menos la asidua lectura de los libros, que servirnos de guía en el camino de la virtud. De donde se sigue por oposicion, que debe huirse la lectura de aquellos libros perniciosos que bajo el nombre de fabulas, novelas, ó romances no hacen mas de irritar los vicios capitales, pintándolos á la imaginacion con brillantés y falsos coloridos.

Por último, el propósito debe ser eficaz, porque de nada aprovecharía el deseo de la suma felicidad, sinó se usara de los medios necesarios para conseguirla; así, es preciso que luego que se ha concebido tal propósito, se insista eficazmente en él, y se declare una guerra abierta á los vicios.

SECCION 3.ª

DE LA LUCHA QUE DEBE SOSTENER
EL HOMBRE VIRTUOSO.

Aunque el entendimiento conozca claramente la grandeza de la verdadera felicidad, y la hermosura de la virtud; y aunque la voluntad que por su naturaleza apetece el bien, desee conseguir aquella, hay sin embargo en el alma no sé qué, que retarda é impide á la voluntad, que la invita, y arrebatá á cosas contrarias, y que la obliga á decir lo que Medea: „*video meliora, proboque; deteriora sequor.*” Los Aristotélicos llaman á esta perturbacion del ánimo, la lucha de la razon con el apetito sensitivo; pero si bien se reflexiona, se advertirá que las facultades del alma, no pueden estar en choque consigo mismas: y que lo que sucede es, que la voluntad fluctúa entre los bienes verdaderos á que la impele la razon, y los aparentes que le representa la imaginacion como muy agradables, y unas veces obedece á una, y otras se deja deslumbrar de la otra. Y si la voluntad no procurase por medio de la virtud salir de esta servidumbre, serviría entonces mas á la imaginacion, y á las pasiones, que á la razon; debe, pues, luchar con es-

te enemigo interno, hasta conseguir libertar al alma de la servidumbre en que se halla.

Por lo mismo, cuando la imaginacion nos proponga alguna cosa agradable, honesta, ó útil, lo que ante todas cosas debemos hacer es: 1.º traer a la memoria las verdaderas ideas de las cosas, meditando todo lo que dejamos dicho, así de la vanidad, y efectos de los vicios, como de la condicion de los viciosos, y de los que siguen la virtud. 2.º no permitir al alma entretenerse con los pensamientos que le propone la imaginacion, sino procurar distraerla á cosas serias y útiles. 3.º y huir del ocio, como de la bestia mas dañina. *Otia si tollas periere cupidinis arcus.* Con razon decian los antiguos „que á la desidia y ociosidad, acompaña siempre el deseo de obrar mal,” en efecto, el que nada hace, hace mal, porque no pudiendo el alma estar nunca ociosa, si no está ocupada de cosas serias, lo estará de vanos pensamientos, ó se deleitará con las suaves ideas de los vicios.

La misma lucha debe emprenderse cuando se experimente algun afecto vehemente, porque teniendo los afectos varios grados, y siendo muy fácil resistirlos al principio, obraremos con cordura si antes que el alma comience á deleitarse con

algun afecto, ó por lo menos ántes que degenere en impetu, procuramos vencerlo. Pero si el afecto ha adquirido ya alguna fuerza, convendrá entonces: 1.º interponer alguna dilacion. 2.º abstenerse de obrar. 3.º pensar si la causa que nos inflama es de tan grave momento, que merezca inquietar al alma con tanta vehemencia. Estos medios son los mejores para contener los afectos, porque siendo estos unas conmociones extraordinarias, no pueden permanecer por mucho tiempo, y por lo mismo interponiendo alguna dilacion, se debilitan naturalmente; así lo conoció aquel que aconsejaba á los airados, no obrasen hasta despues de haber recitado el alfabeto griego: en segundo lugar, como durante el afecto el hombre no puede hacer buen uso del entendimiento, ni de la imaginacion, nada podrá hacer bien, luego debe suspender toda accion que pueda tener alguna conexion con aquel afecto. Y por último como los afectos nacen de la representacion del bien, ó del mal, no puede menos que volver el alma á su tranquilidad, luego que advierta que el bien le habia parecido mal, ó que no es un mal tan grande que haya de juzgarse digno de tanta conmocion.

Con igual vigor deben combatirse las propensiones y los vicios, y acerca de esto lo primero que debe procurarse es

vencerlos con la fuga, como se dice que los Partos vencían á sus enemigos. Con efecto, mucho trabajo se ahorrará si se evitan las ocasiones que irritan los vicios; Epitecto decía „podrás ser invencible no entrando en el combate; pero si entras no está en tu mano el vencer.” Originándose los afectos de la representación del bien, ó del mal, y resistiéndose á ellos con tanta mas dificultad, cuantas mayores sean las fuerzas que hayan adquirido, es consiguiente que sola la ocasion de pecar representándonos los vicios como agradables, nos precipite en ellos, y nos mantenga en un estado miserable. De nada, pues, aprovecharía haber formado el propósito de la enmienda, si no se evitan las ocasiones de pecar, aun por aquellos que se creen con la necesaria fortaleza: los atractivos de los vicios pueden destruir el propósito, y es imprudencia entrar sin necesidad en una casa apesada, aunque sea preparado con los remedios que precaven la peste. Es bien sabido lo que refiere S. Agustin de su amigo Alipio; convertido éste á Jesucristo había formado el propósito de no ir nunca al teatro, invitado por sus compañeros, convino por fin en ir pero á condicion de que asistiría con los ojos cerrados, asistió así por algun tiempo, pero á los aplausos del pueblo los abrió en

una ocasion, y despues no solo no los podia cerrar, sino que era el primero en concurrir al teatro.

Es, pues, necesario huir de los lugares en que los hombres suelen entregarse á los vicios, y evitar el trato y familiaridad con los viciosos: nunca volvemos á casa, decía Séneca, con las mismas costumbres con que salimos; lo que en el ánimo estaba ordenado, se turba; se oye la recomendacion de algun vicio; se adquiere noticia de algun otro que se ignoraba. Mas esto no quiere decir que todos debamos huir á los yermos, ó encerrarnos en los monasterios, apartándonos del trato de los hombres y de nuestros negocios; los yermos y los monasterios están tambien en el mundo, y es por otra parte, mas glorioso evitar las ocasiones donde se encuentran, que querer evitarlas donde no las hay.

Mas si la ocasion no puede evitarse, ó aun sin ella nos halaga el vicio, es necesario entonces combatir de otra manera: deberemos en tal caso recordar la vanidad de los vicios, la miseria increíble en que nos precipitan, la presencia de Dios, su exactísima justicia, la suavidad y grandeza del mismo, y por último la muerte que nos amenaza. Esta meditacion nos retraerá de obrar el mal por mas que á ello nos incite el atractivo de

los vicios, pues es imposible que el hombre los prefiera á las virtudes si está verdaderamente convencido de que aquellos son verdaderos males, y estas verdaderos bienes, que aquellos nada tienen de sólido, y éstas son verdaderamente esclarecidas y dignas de nuestro amor. La frecuencia de estos pensamientos nos asegurará cada día mas, en el propósito de evitar las ocasiones.

Y aunque al principio parezca difícil esta lucha, no por eso debe decaer el ánimo; si una vez se llegare á vencer, la segunda será menos difícil, y cuanto mas frecuentemente se repitiere la lucha, tanto mas fácil será la victoria; porque así como con el uso adquieren fuerza los vicios, hasta llegar á formar una segunda naturaleza, así á fuerza de vencerlos llegan al fin á debilitarse. Y si alguna vez suele fatigar esta lucha que es necesario mantener, facilmente se recompensa con la indecible alegría que causa la victoria, cuya dulzura, y suavidad es tal, que una vez percibida, solo por gozarla se entra con presteza en el combate.

No solamente con los vicios debe pelear el hombre, sino tambien con todas las cosas que puedan perturbar la tranquilidad de su alma, como con la pobreza, con la ignominia, con los dolores, y con la muerte misma. Estas co-

sas se sufrirán con un ánimo tranquilo, si el hombre ha sabido vencer los vicios, porque nada puede parecer intolerable al que tiene el consuelo de su conciencia y está convencido que todas estas cosas no le sobrevienen como una pena, sino como medicinas, y hay una gran diferencia en sufrir porque se ha merecido, y sufrir con una conciencia pura. Al reo que es condenado por poco tiempo al trabajo en las obras públicas, le parece una cosa intolerable; mientras otros por el precio que les pagan, prestan el mismo servicio por muchos años.

Para tolerar las calamidades con ánimo tranquilo, servirá de auxilio la premeditación de todo lo que puede acontecer en el camino de la virtud. Las cosas previstas aun cuando no han podido evitarse dañan menos, y al virtuoso le parecen mas tolerables las que le suceden si de antemano se há prevenido á sufrirlas con tranquilidad. Siempre que se trata de acometer cualquier empresa, decía Epitecto, es necesario prever todo lo que puede suceder, y así se acometerá con seguridad. Por último, al luchar con las calamidades, debe recordarse lo que dijimos hablando de la tranquilidad del hombre virtuoso.

Aunque sean muy recomendables los

medios expuestos hasta aquí para conseguir la verdadera felicidad, fácilmente se advertirá que ellos solos no son bastantes, porqué siendo el vicio como ingémito á la naturaleza del hombre viciada desde Adán, y Dios un ente justísimo, no debe esperarse que se una con los hombres, que lo han ofendido, sin que primero satisfagan á su justicia; y este medio de satisfacer á Dios, y de expiar los pecados, no lo conoce la razón. Los Scimitanos decían que no había necesidad de esta satisfacción, porqué sin ella, Dios podía conceder el perdón; mas Dios no puede sinó lo que quiere, y no quiere sinó lo que es conforme á su justicia; y nada puede ser mas propio de una justicia infinita, que exigir de aquellos que la han ofendido una satisfacción condigna. Además, aunque sean muy acomodados los preceptos morales que se han dado para la determinación de la enmienda, y en cuanto á la lucha que debe sostenerse con los vicios y las pasiones, como al hombre siempre le suceda lo que á Medea que conoce y aprueba lo bueno, pero sigue lo malo, se infiere que no le bastan sus propias fuerzas, y que por lo mismo necesita de otras mayores para conseguir la victoria; mas la razón ignora de donde ha de sacar tales fuerzas. Por lo cual, ó Dios nunca quiso que el hombre consi-

guiera la verdadera felicidad, ó hay alguna luz por medio de la que veamos cómo debemos satisfacer á Dios, y de donde hemos de sacar las fuerzas que son necesarias para conseguirla; lo primero no es verdad segun se ha demostrado; luego debe existir esta luz.

Esta luz á mas de la razón, no puede ser otra que la divina revelación, luego existe una revelación originada de Dios que supla la razón, y nos ilumine en lo que esta no alcance para conseguir la verdadera felicidad. Los mismos paganos dedujeron la conclusión antecedente. Sócrates fatigado en discurrir acerca de la inmortalidad del alma, y de su estado despues de la muerte, confesó que de esto nada podía decirle la razón, y que en tal caso no había mas de dos medios que elegir: ó llegar á averiguar cual sería ese estado; ó si esto no se podía, elegir de las razones humanas la mejor, como la mas segura nave para vencer las tempestades de esta vida, sinó es que alguna palabra divina enseñase otro medio mas fácil, y seguro para superar los peligros que nos rodean.

Todas las religiones han reconocido la necesidad de una revelación, los gentiles tenían sus Oráculos, los mahometanos el Alcoran, los judíos el Talmud, los cristianos la Escritura Sagrada que en

parte admiten tambien los judíos; mas como estas revelaciones se contradigan en muchas cosas, y las contradictorias no pueden ser al mismo tiempo verdaderas, se sigue que de todas ellas una ha de ser la verdadera, y es la que debemos investigar con sumo empeño. Esta indagacion no debe ser difícil, porque siendo la revelacion absolutamente necesaria, quiso Dios, sin duda, que fuera conocida de todos los hombres, y no podría conocerse por todos, sino se tuvieran de pronto ciertos caracteres por los cuales se distinguiera de las demas. Estos caracteres no deben buscarse sino en ella misma: porque la revelacion que buscamos es una luz que debe iluminarnos el camino de la verdadera felicidad, y así como la luz no puede distinguirse de otra manera del fuego fatuo, que examinando la naturaleza de ambos, así la revelacion verdadera no puede conocerse sino considerando atentamente su indole y comparándola con las demas revelaciones.

Siendo el fin de la revelacion el ilustrarnos en aquellas cosas á que no alcanza la razon, se sigue que su primer carácter debe ser: suplir la falta de la razon, y por lo mismo instruirnos en mas que lo que esta nos enseña. Y como los principales capítulos en que falta la razon sean la satisfaccion de la divina jus-

ticia y la adquisicion de las fuerzas para hacer la voluntad de Dios, es consiguiente que el segundo carácter de la divina revelacion ha de ser: manifestarnos el medio suficiente para aquella satisfaccion; y el de adquirir las fuerzas que nos faltan. La revelacion ha de ser divina; luego su tercer carácter será: el que nada se encuentre en ella que no sea verdadero, santo, y digno de Dios; y por lo mismo no merecerán el nombre de revelacion las locuciones burlonas, y ambiguas, llenas mas bien de arte y de vanidad, que de sencillez y gravedad; las historias falsas y absurdas; los milagros fabulosos ó innecesarios; las profecías que no hayan sido comprobadas con el sucesos; las doctrinas morales opuestas á los principios de la recta razon, ó dañosas á la sociedad humana; el culto y ritos vanos, y opuestos á la verdadera piedad y al verdadero amor de Dios; y por último las contradicciones manifiestas, y de ningun modo conciliables. Los hombres necesitaron de la revelacion desde su origen, y de aquí debemos inferir que la verdadera y divina revelacion ha de ser antiquísima, coeva al mismo género humano; y que siendo necesaria en todas las edades, debe haberse conservado sin detrimento alguno á pesar de las injurias del tiempo y de los hombres.

Esto supuesto, es ciertísimo que los Oráculos con que fueron engañados los paganos no merecen el nombre de revelacion divina, porqué no suplían lo que la razon no alcanza; no recomendaron ningun medio para satisfacer á la justicia de Dios que no fuera absurdísimo, como la idolatría, los juegos, las lides, y la abominable inmolation de los hombres; nada manifestaron sin ambigüedad, nada tenían de santo, nada piadoso, ni fueron otra cosa que fraudes de los sacerdotes; y por último, todos sabemos no solo que su origen no se remonta mas allá de los tiempos heroicos, sino tambien conocemos el fin que tuvieron.

Tampoco los Mahometanos pueden jactarse de la divinidad del Alcoran, porqué nada suplió de la recta razon, y en muchas cosas se opone á ella; no manifestó ningun medio acomodado para satisfacer á Dios, sino los ridículos de los baños, las peregrinaciones á la Meca, y otros mas absurdos; ni manifestó á sus secuaces fuentes algunas de donde pudieran sacar las fuerzas necesarias para conformarse con la voluntad divina; nada hay en él que sea digno de Dios, todo es un plagio, fábulas insulsas, y cosas fútiles; y por último, su novedad es tan conocida que los mismos Mahometanos no dan mas de mil años de antigüedad á este libro llamado sagradísimo.

El Talmud no contiene sino cuestiones sutiles, y supersticiosas acerca de los ritos de los judíos, y estas cuestiones ni suplen lo que falta á la razon; ni manifiestan el medio de satisfacer á Dios y adquirir fuerzas para servirle; estan llenas de innumerables fábulas; y en fin, es tan nuevo el libro que las contiene, que es muy posterior á la destruccion de Jerusalem; luego no tiene ninguno de los caratères de la verdadera y divina revelacion.

Mas lo que en vano se busca en otra parte, lo poseemos los cristianos en la Sagrada Escritura por un beneficio divino. Con efecto, la santa escritura suple con abundancia todo lo que no alcanza la razon: ella nos enseña la creacion de todas las cosas de la nada, el origen del género humano, la primitiva integridad de la naturaleza humana, y su caída; ella nos instruye de la esencia de Dios, de la resurreccion de la carne, del juicio futuro, y de la condicion de los buenos y de los malos despues de la muerte; y á todas estas cosas no alcanza la razon, y cualquiera conoce que son sublimes, y divinas.

La misma escritura nos enseña que Jesucristo satisfizo plenísimamente á Dios por los hombres, y que uniéndonos á él mismo por la fé, esperanza y caridad, y

practicando las virtudes participamos ciertísimamente de la gracia de Dios; que el Espíritu Santo que aplica los méritos del Salvador, nos regenera, nos santifica, y nos dá como á una nueva criatura las fuerzas necesarias para hacer la voluntad de Dios, y adelantar en el camino del bien.

En la Santa Escritura nada hay que no sea digno de Dios: locucion sencilla y sublime; historia exacta; vaticinios cumplidos; preceptos santísimos, fundados en razones tan graves que penetran el corazon, y continuamente manifiestan su poder y virtud.

Por último, la revelacion contenida en la Escritura Santa es antiquísima: la primera revelacion fué hecha en el paraíso y ha continuado al travez de todos los siglos, primero por medio de la tradicion de los patriarcas, y despues por medio de la escritura, conservándose la misma en medio de los furores de los tiranos, y de las persecuciones de los judíos, y de los apóstatas, sin que haya padecido disminucion alguna el cuerpo de los libros santos, que ha querido Dios conservar como bastantes á sus altos fines y santísima intencion. Con viniendo pues, todos los caracteres de la verdadera y divina revelacion á la Santa Escritura, se sigue que merece aquel nombre.

Si se auxiliase con ella el que as-

pira á la verdadera felicidad, no hay duda que la conseguirá facilmente. Y ojalá sea este el fruto que se consiga con estos elementos de filosofía moral; entonces sucedería verdaderamente lo que decía S. Clemente Alejandrino *praeparare philosophiam, dum ei viam munit, qui a Christo perficiatur.*

FIN.